

**Teresa de la Parra**

# Cuentos



PLAN NACIONAL  
DE LECTURA  
MANUEL VADELL

EL PERRO  
Y LA RANA





# Cuentos

1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2024

© Teresa de la Parra

© Fundación Editorial El perro y la rana

## **Fundación Editorial El perro y la rana**

### **Correos electrónicos**

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

### **Páginas web**

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

### **Redes sociales**

Facebook: El perro y la rana

X: @elperroylarana

Instagram: @perroylarana

Threads: @perroylarana

YouTube: ElperroylaranaTV

Tik Tok: @elperroylarana

Edición y corrección:

Ariadna Rojas

Diseño y diagramación:

Arturo Mariño

ISBN: 978-980-14-5649-0

Depósito legal: DC2024002008

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

TERESA DE LA PARRA

# Cuentos



Ana Teresa Parra Sanojo (París, 1889- Madrid, 1936), mejor conocida como Teresa de la Parra fue una de las autoras venezolanas más ilustres del siglo xx, quien realizó en sus obras una contribución importante en cuanto al tema de la situación de la mujer en medio de una sociedad patriarcal.

Escribió novelas como, *Ifigenia* (1924) y *Las memorias de Mamá Blanca* (1929; además de sus cuentos como, “Historia de la Señorita Grano de Polvo”, “El genio el pesacartas” y “El ermitaño del reloj”, los cuales fueron compiladas junto con sus, cartas, ensayos y diarios por Velia Bosh en el libro *Obra (Narrativa, ensayos, cartas)* (1982).

Los restos de Teresa de la Parra fueron trasladados al Panteón Nacional de Venezuela, el 7 de noviembre de 1989.



## Historia de la Señorita Grano de Polvo, bailarina del Sol

Era una mañana a fines del mes de abril. El buen tiempo en delirio contrastaba irónicamente con un pobre trabajo de escribanillo que tenía yo entre manos aquel día. De pronto, como levantara la cabeza vi a Jimmy, mi muñeco de fieltro, que se balanceaba sentado frente a mí apoyando la espalda en la columna de la lámpara. La pantalla parecía servirle de parasol. No me veía y, su mirada, una mirada que yo no le conocía, estaba fija con extraña atención en un rayo de sol que atravesaba la pieza.

—¿Qué tienes, querido Jimmy? –le pregunté—. ¿En qué piensas?

—En el pasado –me respondió simplemente sin mirarme– y volvió a sumirse en su contemplación.

Y como temiese haberme herido por la brusquedad de la respuesta:

—No tengo motivos para esconderte nada –replicó—. Pero por otro lado, nada puedes hacer ¡ay! por mí –y suspiró de forma que me destrozó el corazón.

Tomó cierto tiempo. Dio media vuelta a las dos arandelas de fieltro blanco que rodean sus pupilas negras y que son el alma de su expresión. Pasó esta al punto de la atención íntima, al ensueño melancólico. Y me habló así:

—Sí, pienso en el pasado. Pienso siempre en el pasado. Pero hoy especialmente, esta primavera tibia e insinuante reanima mi recuerdo. En cuanto al rayo de sol quien clava a tus pies, fíjate bien, la alfombra que transfigura este rayo de sol se parece tanto a aquel otro en el cual encontré por primera vez a... ¡Ah! Siento que necesitarás suplir con tu complacencia la pobreza de mis palabras! Imagínate la criatura más rubia, mas argentina, más locamente etérea que haya nunca danzado por sobre las miserias de la vida. Apareció y mi ensueño se armonizó al instante con su presencia milagrosa. ¡Qué encanto! Bajaba por el rayo de sol, hollando con su presencia deslumbrante aquel camino de claridad que acababa de recordármela. Suspiros imperceptibles a nuestro burdo tacto animaban a su alrededor un pueblo de seres semejantes a ella, pero sin su gracia soberana ni su atractivo fulminante. Retozaba ella con todos un instante, se enlazaba en sus corros, se escapaba hábil por un intersticio, evitaba de un brinco el torpe abrazo del monstruo-mosquito ebrio y pesado como una fiera... mientras que un balanceo insensible y dulce la iba atrayendo hacia mí. Dios mío ¡qué linda era! Como rostro

no tenía ninguno propiamente hablando. Te diré que en realidad no poseía una forma precisa. Pero tomaba del sol con vertiginosa rapidez todos los rostros que yo hubiese podido soñar y que eran precisamente los mismos con que soñaba cuando pensaba en el amor. Su sonrisa, en vez de limitarse a los pliegues de la boca, se extendía por sobre todos sus movimientos. Así, aparecía, tan pronto rubia como el reflejo de un cobre, tan pronto pálida y gris como la luz del crepúsculo, ya oscura y misteriosa como la noche. Era a la vez suave como el terciopelo, loca como la arena en el viento, páfida como el ápice de espuma al borde de una ola que se rompe. Era mil y mil cosas más rápido que mis palabras que no lograban seguir sus metamorfosis. Quedé larguísimo rato mirándola invadido por una especie de estupor sagrado... De pronto, se me escapó un grito... La bailarina etérea iba a tocar el suelo. Todo mi ser protestó ante la ignominia de semejante encuentro, y me precipité. Mi movimiento brusco produjo extrema perturbación en el mundo del rayo de sol y muchos de los geniecillos se lanzaron, creo que por temor hacia las alturas. Pero mis ojos no perdían de vista a mi amada. Inmóvil, conteniendo la respiración, la espiaba con la mano extendida. ¡Ah, divina alegría! La mayor y la última ya de mi vida. En esa mano extendida había ella caído. Renuncio a detallarte mi estado de espíritu. El corazón me latía

en forma tan acelerada que en mi mano temblorosa mi dueña bailaba todavía. Era un vals lento y cadencioso, de una coquetería infinita.

—Señorita Grano de Polvo... –le dije.

—¿Y cómo sabes mi nombre?

—Por intuición –le contesté–, el... en fin... el amor.

—¿El amor? –exclamó ella–. ¡Ah! –y volvió a bailar, pero de un modo impertinente. Me pareció que se reía.

—No te rías –le reproché–, te quiero de veras. Es muy serio.

—Pero yo no tengo nada de seria –replicó–. Soy la Señorita Grano de Polvo, bailarina del Sol. Sé demasiado que mi alcuernia no es de las más brillantes. Nací en una grieta del piso y nunca he vuelto a mi madre. Cuando me dicen que es una modesta suela de zapato, tengo que creerlo, pero nada me importa puesto que soy ahora la bailarina del Sol. No puedes quererme. Si me quieres, querrás también llevarme contigo y entonces ¿qué sería de mí? Prueba, quita tu mano un instante y ponla fuera del rayo.

Le obedecí. Cuál no fue mi decepción cuando en mi mano, reintegrada a la penumbra, contemplé una cosita lamentable e informe, de un gris dudoso, toda ella inerte y achatada. ¡Tenía ganas de llorar!

—¡Ya ves! –dijo ella–. Está ya hecha la experiencia. Solo vivo para mi arte. Vuelve a ponerme pronto en el rayo de sol.

Obedecí. Agradecida bailó de nuevo un instante en mi mano.

—¿De qué cosa es tu mano?

—Es de fieltro –contesté ingenuamente.

—¡Es carrasposa! –exclamó–. Cuánto más prefiero mi camino aéreo –y trató de volar.

Yo no sé qué me invadió. Furioso por el insulto, pero además por el temor de perder a mi conquista, jugué mi vida entera en una decisión audaz.

“Será opaca, pero será mía”, pensé. La cogí y la encerré dentro de mi cartera que coloqué sobre mi corazón.

Aquí está desde hace un año. Pero la alegría ha huido de mí. Esta hada que escondo no me atrevo ya a mirarla, tan distinta la sé de aquella visión que despertó mi amor. Y sin embargo, prefiero retenerla así que perderla de un todo al devolverle su libertad.

—¿De modo que la tienes todavía en tu cartera? –le pregunté picado de curiosidad.

—Sí. ¿Quieres verla?

Sin esperar mi respuesta y porque no podía aguantar más su propio deseo, abrió la cartera y sacó lo que se llamaba: “la momia de la Señorita Grano de Polvo”. Hice como si la viera, pero solo por amabilidad, pues en el

fondo no veía absolutamente nada. Hubo entre Jimmy y yo un momento de silencio penoso.

—Si quieres un consejo –le dije al fin– te doy este: dale la libertad a tu amiga. Aprovecha ese rayo de sol. Aunque no dure más que dos horas serán dos horas de éxtasis. Eso vale más que continuar el martirio en que vives.

—¿Lo crees de veras? –interrogó él mirándome con ansiedad—. Dos horas. ¡Ah, qué tentaciones siento. Sí, acabemos: sea!

Así diciendo, sacó de su cartera a la Señorita Grano de Polvo y la volvió a colocar en el rayo. Fue una resurrección maravillosa. Saliendo de su misterioso letargo la bailarinita se lanzó loca, imponderable y como espiritual, idéntica a la descripción entusiasta que me había hecho Jimmy. Comprendí al punto su pasión. Había que verlo a él inmóvil, boquiabierto, ebrio de belleza. La voluptuosidad amarga del sacrificio se unía a la alegría purísima de la contemplación. Y a decir verdad, su rostro me parecía más bello que la danza del hada, puesto que estaba iluminado de una nobleza moral extraña a la falaz bailarina.

De pronto, juntos, exhalamos un grito. Un insecto enorme y estúpido, insecto grande como la cabeza de un alfiler, al bostezar acababa de tragarse a la Señorita Grano de Polvo. ¿Qué más decir ahora?

El pobre Jimmy, con los ojos fijos, consideraba la extensión de su deleite. Nos quedamos largo rato silenciosos, incapaces de hallar nada que pudiese expresar, yo mi remordimiento y él su desesperación. No tuvo ni para mí, ni para la fatalidad siquiera una palabra de reproche, pero vi muy bien cómo bajo el pretexto de levantar la arandela de fieltro que gradúa la expresión de sus pupilas, se enjugó furtivamente una lágrima.



## El genio del pesacartas

Era una vez un gnomo sumamente listo e ingenioso: todo él de alambre, paño y piel de guante. Su cuerpo recordaba una papa, su cabeza una trufa blanca y sus pies a dos cucharitas. Con un pedazo de alambre de sombrero se hizo un par de brazos y un par de piernas. Las manos enguantadas con gamuza color crema no dejaban de prestarle cierta elegancia británica, desmentida quizás por el sombrero que era de pimiento rojo. En cuanto a los ojos, particularidad misteriosa, miraban obstinadamente hacia la derecha, cosa que le prestaba un aire bizco sumamente extravagante.

Lo envanecía mucho su origen irlandés, tierra clásica de hadas, sílfides y pigmeos, pero por nada en el mundo hubiera confesado que allá en su país había modestamente formado parte de una compañía de menestriles o cantores ambulantes: semejante detalle no tenía por qué interesar a nadie.

Después de sabe Dios qué viajes y aventuras extraordinarias había llegado a obtener uno de los más altos puestos que pueda aspirar un gnomo de cuero. Era el

genio de un pesacartas sobre el escritorio de un poeta. Entiéndase por ello que instalado en la plataforma de la máquina brillante se balanceaba el día entero sonriendo con malicia. En los primeros tiempos había sin duda comprendido el honor que se le hacía al darle aquel puesto de confianza. Pero a fuerza de escuchar al poeta, su dueño, que decía a cada rato: “¡Cuidado!, que nadie lo toque, que no le pasen el plumero. Miren qué gracioso es... ¡Es él quien dirige el vaivén de billetes y cartas!...” había acabado por ponerse tan pretencioso que perdió por completo el sentido de su importancia real –y esto al punto de que cuando lo quitaban un instante de su sitio para pesar las cartas, le daban verdaderos ataques de rabia y gritaba que nadie tenía derecho de molestarlo, que él estaba en su casa, que haría duplicar la tarifa y demás maldades delirantes.

Pasaba, pues, los días sentado en el pesacartas como un príncipe merovingio en su pavés. Desde allá arriba contemplaba con desdén todo el mundo diminuto del escritorio: un reloj de oro, un cascarón de nuez, un ramo de flores, una lámpara, un tintero, un centímetro, un grupo de barras de lacre de vivos colores, alineados muy respetuosamente alrededor del sello de cristal.

—Sí –decíales desde arriba–, yo soy el genio del pesacartas y todos ustedes son mis humildes súbditos. El cascarón de nuez es mi barco para cuando yo quiera

regresar a Irlanda; el reloj está ahí para indicar la hora en que me dignaré dormir; el ramo de flores es mi jardín; la lámpara me alumbra si deseo velar; el centímetro es para anotar los progresos de mi crecimiento (mido ciento sesenta milímetros desde que me vino la idea de usar calzado medieval). No sé todavía qué hare con los lacres. En cuanto al tintero, está ahí para cuando yo quiera divertirme echando redondeles de saliva, no cabe duda.

Y diciendo así comenzaba a escupir dentro del tintero con una desvergüenza sin nombre.

—Eres un gran mal educado —protestaba el tintero—. Si pudiera subir hasta allá te haría una buena mancha en la mejilla y te escribiría en la espalda con letras muy grandes: “Gnomo malvado”.

—Sí, pero como eres más pesado que el plomo con tu agua asquerosa de cloaca, no puedes hacerme nada. Si me inclino sobre ti, quieras que no, tendrás que reflejar mi imagen.

Y su rostro, en efecto, aparecía en el fondo del brocal de cobre negro y brillante como el de un diablillo burlón.

Cuando su dueño se sentaba al escritorio, el gnomo tomaba un aire hipócrita y sonreía como diciendo: “Todo marcha bien. Puedes escribir lindísimas páginas, yo estoy aquí”.

Entonces el poeta, que era de natural bondadoso y que se engañaba fácilmente, miraba al genio con

complacencia y colocando una barrita de incienso verde en el pebetero, la ponía a arder. El humo subía en finas volutas hacía el gnomo y le cubría la cabeza con su dulce caricia azulada. El diminuto personaje respiraba el perfume con alegría y se estremecía de tal modo que la balanza marcaba quince gramos, en lugar de diez que era su peso normal, por lo cual deducía que el incienso era el único alimento digno de él, puesto que era el único que le aprovechaba.

Una noche en que dormía profundamente, lo despertó una música muy suave. Eran dos pobres menestriales vestidos más o menos como él y del mismo tamaño que venían a darle una serenata: uno tocaba la guitarra cantando con expresión apasionada; el otro lo acompañaba tarareando con las dos manos sobre el corazón como quien dice: “¡qué divina música, nunca he sentido igual placer!”.

—¿Qué es esto? ¿Qué ocurre? —preguntó el gnomo frotándose los ojos con un puño furibundo— ¿Quién se permite tocar y cantar de noche aquí en mi mesa?

—Somos nosotros —contestó el guitarrista con mucha dulzura—. Parece que has corrido con mucha suerte desde el día en que te fuiste de nuestra compañía ambulante. Eres hoy gran personaje... y ya ves, hemos hecho el viaje. Estamos muy cansados...

—En primer lugar, les prohíbo que me tuteen y en segundo término, ¡no los conozco!, ¡vaya broma!, yo, en una compañía de menestriales... ¿Están locos? ¡Largo, largo de aquí pedazos de vagabundos!

—Pero, de veras ¿no nos reconoce usted monseñor? —insistió el músico decepcionado—. Éramos tres, acuérdesese, y teníamos grandes éxitos... yo me ponía en el medio, mi compañero a la derecha y usted a la izquierda, biqueando para que la gente se riera. Tiene usted siempre la misma mirada. Tome, aquí tengo la fotografía que nos sacó un aficionado la víspera del día que usted se escapó.

Y desmontando la guitarra saco un rollo de papel brumoso que extendió. Se veían, en efecto, los tres menestriales de cuero y alambre: el de la derecha era en efecto el genio del pesacartas.

—¡Ah! Esto ya es demasiado —gritó exasperado—. No me gustan las burlas. Soy el genio del pesacartas y nada tengo que ver con mendigos como ustedes.

—Pero, monseñor —respondió el guitarrista, a quien le invadía una profunda tristeza— si no pedimos gran cosa, tan solo el que nos permita vivir aquí en su hermosa propiedad. Piense que hemos gastado en el viaje todas nuestras economías.

—Lo que me tiene sin cuidado.

—No lo molestaremos para nada. Tocaremos lindas romanzas.

—No me gusta la música. Además, los veo venir: harían correr ciertos ruidos perjudiciales a mi buen nombre, muchas gracias, mi situación es muy envidiada... conozco cierto tintero que se sentiría encantado si pudiera salpicarme con sus calumnias. Arréglenselas como puedan, yo no los conozco.

—¿Es su última palabra? —preguntaron los menestriales rendidos bajo tanta ingratitud.

—Es mi última palabra —concluyó el genio del pesacartas.

Y como los desgraciados músicos permanecieron aun indecisos y desesperados:

—¿Quieren ustedes marcharse enseguida —bramó, poniéndose de pie sobre el platillo— o llamo a la policía?

Pero en su exaltación, se resbalo, le faltó el pie y rodo, soltando una horrible interjección, hasta ir a dar al fondo del tintero que se lo tragó.

Sin dar oídos a otros sentimientos que no fueran los del valor y la generosidad, los dos menestriales quisieron libertar al amigo de otros tiempos.

Pero por desgracia el tintero que tenía muchas cuentas que cobrar, dejó caer su tapa con estrépito y los menestriales no pudieron ni moverla.

Al siguiente día cuando el poeta vio el desastre, comprendió lo ocurrido y sintió repugnancia por la ingratitud del gnomo. Después de haberlo extraído del pozo negro y después de haber tratado en vano de limpiarlo, no sabiendo qué hacer con él y no queriendo tirarlo a la basura, lo metió en el fondo de una gaveta.

En su destierro, el gnomo de cuero no ha perdido su orgullo. Continúa deslumbrando con sus cuentos fantásticos a la gente del nuevo medio social: un pisapapeles roto, una concha de tortuga y un rollo de viejas facturas.

—Cuando yo reinaba en el pesacartas, era yo quien hacía llegar los telegramas. Pero un día, un loco me arrojó en un tintero...

En cuanto a los dos menestriles, el poeta los ha colocado sobre un gran ramo de follaje. Parecen dos pájaros de colores en un bosque virgen y allí cantan el día entero de un modo encantador.



## El ermitaño del reloj

Este era una vez un capuchino que, encerrado en un reloj de mesa esculpido en madera, tenía como oficio tocar las horas. Doce veces en el día y doce veces en la noche, un ingenioso mecanismo abría de par en par la puerta de la capillita ojival que representaba el reloj y podía así mirarse desde fuera cómo nuestro ermitaño tiraba de las cuerdas tantas veces cuantas tocaba el timbre. Invisible dentro de su campanario, dejaba oír su tin-tin de alerta. La puerta volvía enseguida a cerrarse con un impulso brusco y seco como si quisiese escamotear al personaje; tenía el capuchino magnífica salud a pesar de su edad y de su vida retirada. Un hábito de lana siempre nuevo y bien cepillado descendía sin una mancha hasta sus pies desnudos dentro de sus sandalias. Su larga barba blanca al contrastar con sus mejillas frescas y rosadas inspiraba respeto. Tenía, en pocas palabras, todo cuanto se requiere para ser feliz. Engañado, lejos de suponer que el reloj obedecía a un mecanismo, estaba segurísimo de que era él quien tocaba

las campanadas, cosa que lo llenaba de un sentimiento muy vivo de su poder e importancia.

Por nada en el mundo se le hubiera ocurrido ir a mezclarse con la multitud. Bastaba con el servicio inmenso que les hacía a todos al anunciarles las horas. Para lo demás, que se las arreglaran solos. Cuando atraído por el prestigio del ermitaño alguien venía a consultarle un caso difícil, enfermedad o lo que fuese, él no se dignaba siquiera abrir la puerta. Daba la contestación por el ojo de la llave, cosa esta que no dejaba de prestar a sus oráculos cierto sello imponente de ocultismo y misterio.

Durante muchos, muchísimos años, Fray Barnabé (este era su nombre) halló en su oficio de campanero tan gran atractivo que ello le bastó a satisfacer su vida; reflexionen ustedes un momento: el pueblo entero del comedor tenía fijos los ojos en la capillita y algunos de los ciudadanos de aquel pueblo no habían conocido nunca más distracción que la de ver aparecer al fraile con su cuerda. Entre estos se contaba una compotera que había tenido la vida más gris y desgraciada del mundo. Rota en dos pedazos desde sus comienzos, gracias al aturdimiento de una criada, la habían empatado con ganchitos de hierro. Desde entonces, las frutas con que la cargaban antes de colocarla en la mesa, solían dirigirle las más humillantes burlas. La consideraban indigna de contener sus preciosas personas.

Pues bien, aquella compotera, que conservaba en el flanco una herida avivada continuamente por la sal del amor propio, hallaba gran consuelo en ver funcionar al capuchino del reloj.

—Miren –les decía a las frutas burlonas– miren aquel hombre del hábito pardo. Dentro de algunos instantes va a avisar que ha llegado la hora en que se las van a comer a todas –y la compotera se regocijaba en su corazón, saboreando por adelantado su venganza.

Pero las frutas, sin creer ni una palabra, le contestaban:

—Tú no eres más que una tullida envidiosa. No es posible que un canto tan cristalino, tan suave, pueda anunciarnos un suceso fatal.

Y también las frutas consideraban al capuchino con complacencia, y también unos periódicos viejos que bajo una consola pasaban la vida repitiéndose unos a otros sucesos ocurridos desde hacía veinte años; y la tabaquera, y las pinzas del azúcar, y los cuadros que estaban colgando en la pared y los frascos de licor. Todos, todos tenían la vista fija en el reloj y cuanta vez se abría de par en par la puerta de roble volvían a sentir aquella misma alegría ingenua y profunda.

Cuando se acercaban las once y cincuenta minutos de la mañana llegaban entonces los niños, se sentaban en rueda frente a la chimenea y esperaban pacientemente

a que tocaran las doce, momento solemne entre todos porque el capuchino, en vez de esconderse con rapidez de ladrón una vez terminada su tarea, como hacía por ejemplo a la una o a las dos, (entonces se podía hasta dudar de haberlo visto) no, se quedaba al contrario un rato, largo, largo, bien presentado, o sea, el tiempo necesario para dar doce campanadas. ¡Ah!, ¡y es que no se daba prisa entonces el hermano Barnabé! ¡Demasiado sabía que lo estaban admirando! Como quien no quiere la cosa, haciéndose el muy atento a su trabajo, tiraba del cordel, mientras que de reojo espiaba el efecto que producía su presencia. Los niños se alborotaban gritando:

—Míralo como ha engordado.

—No, está siempre lo mismo.

—No señor, que está más joven.

—Que no es el mismo de antes, que es su hijo –etc., etc.

El cubierto ya puesto se reía en la mesa con todos los dientes de sus tenedores, el sol iluminaba alegremente el oro de los marcos y los colores brillantes de las telas que estos encerraban; los retratos de familia guiñaban un ojo como diciendo: “¡Qué! ¿Aún esta ahí el capuchino? Nosotros también fuimos niños hace ya muchos años y bastante que nos divertía”. Era un momento de triunfo.

Llegaban al punto las personas mayores, todo el mundo se sentaba a la mesa y Fray Barnabé, su tarea

terminada, volvía a entrar en la capilla con esa satisfacción profunda que da el deber cumplido.

Pero ay, llegó el día en que tal sentimiento ya no le bastó. Acabó por cansarse de tocar siempre la hora, y se cansó sobre todo de no poder nunca salir. Tirar del cordel de la campana es, hasta cierto punto, una especie de función pública que todo el mundo admira. ¿Pero cuánto tiempo dura? Apenas un minuto por sesenta ¿y el resto del tiempo?, ¿qué se hace? Pues, pasearse en rueda por la celda estrecha, rezar el rosario, meditar, dormir, mirar por debajo de la puerta o por entre los calados del campanario un rayo vaguísimo de sol o de luna. Son estas ocupaciones muy poco apasionantes. Fray Barnabé se aburrió.

Lo asaltó un día la idea de escaparse. Pero rechazó con horror semejante tentación relejendo el reglamento inscrito en el interior de la capilla. Era muy terminante. Decía:

*“Prohibición absoluta a Fray Barnabe de salir, bajo ningún pretexto de la capilla del reloj. Debe estar siempre listo para tocar las horas tanto del día como de la noche”.*

Nada podía tergiversarse. El ermitaño se sometió. ¡Pero qué dura resultaba la sumisión! Y ocurrió que una noche, como abriera su puerta para tocar las tres de la madrugada, cual no fue su estupefacción al hallarse frente a frente de un elefante que de pie, tranquilo, lo

miraba con sus ojitos maliciosos, y claro, Fray Barnabé lo reconoció enseguida: era el elefante de ébano que vivía en la repisa más alta del aparador, allá, en el extremo opuesto del comedor. Pero como jamás lo había visto fuera de la susodicha repisa, había deducido que el animal formaba parte de ella, es decir, que lo habían esculpido en la propia madera del aparador. La sorpresa de verlo aquí, frente a él, lo dejó clavado en el suelo y se olvidó de cerrar las puertas cuando acabó de tocar la hora.

—Bien, bien— dijo el elefante— veo que mi visita le produce a usted cierto efecto; ¿me tiene miedo?

—No, no es que tenga miedo —balbuceó el ermitaño— pero confieso que... ¡Una visita! ¿Viene usted para hacerme una visita?

—¡Pues es claro! Vengo a verlo. Ha hecho usted tanto bien aquí a todo el mundo que es muy justo el que alguien se le ofrezca para hacerle a su vez algún servicio. Sé, además, lo desgraciado que vive. Vengo a consolarlo.

—¿Cómo sabe que... cómo puede suponerlo?... Si nunca se lo he dicho a nadie... ¿Será usted el diablo?

—Tranquilícese —respondió sonriendo el animal de ébano— no tengo nada en común con ese gran personaje. No soy más que un elefante... pero eso sí, de primer orden. Soy el elefante de la reina de Saba. Cuando vivía esta gran soberana de África era yo quien la llevaba en

sus viajes. He visto a Salomón: tenía vestidos mucho más ricos que los suyos, pero no tenía esa hermosa barba. En cuanto a saber que es usted desgraciado no es sino cuestión de adivinarlo. Debe uno aburrirse de muerte con semejante existencia.

—No tengo el derecho de salir de aquí –afirmó el capuchino con firmeza.

—Sí, pero no deja de aburrirse por eso.

Esta respuesta y la mirada inquisidora con que la acompañó el elefante azoraron mucho al ermitaño. No contestó nada, no se atrevía a contestar nada. ¡Era tal su verdad! Se fastidiaba a morir. ¡Pero así era! Tenía un deber evidente, una consigna formal indiscutible: permanecer siempre en la capilla para tocar las horas. El elefante lo consideró largo rato en silencio como quien no pierde el más mínimo pensamiento de su interlocutor. Al fin volvió a tomar la palabra:

—Pero –preguntó con aire inocente– ¿por qué razón no tiene usted el derecho de salir de aquí?

—Lo prometí a mi reverendo Padre, mi maestro espiritual, cuando me envió a guardar este reloj-capilla.

—¡Ah!... ¿Y hace mucho tiempo de eso?

—Cincuenta años más o menos –contestó Fray Barnabé, después de un rápido cálculo mental.

—Y después de cincuenta años; ¿no ha vuelto nunca más a tener noticias de ese reverendo Padre?

—No, nunca.

—¿Y qué edad tenía él en aquella época?

—Andaría supongo en los ochenta.

—De modo que hoy tendría ciento treinta si no me equivoco. Entonces, mi querido amigo –y aquí el elefante soltó una risa sardónica muy dolorosa al oído– entonces quiere decir que lo ha olvidado totalmente. A menos que no haya querido burlarse de usted. De todos modos, ya está más que libre de su compromiso.

—Pero –objetó el monje– la disciplina...

—¡Qué disciplina!

—En fin... el reglamento.

Y mostró el cartel del reglamento que colgaba dentro de la celda. El elefante lo leyó con atención, y:

—¿Quiere que le dé mi opinión sincera? La primera parte de este documento no tiene por objeto sino el de asustarlo. La leyenda esencial es: “Tocar las horas de día y de noche”, este es su estricto deber. Basta por lo tanto que se encuentre usted en su puesto en los momentos necesarios. Todos los demás le pertenecen.

—Pero, ¿qué haría en los momentos libres?

—Lo que harás –dijo el animal de ébano cambiando de pronto el tono y hablando en voz clara, autoritaria, avasalladora– te montarás en mi lomo y te llevaré al otro lado del mundo por países maravillosos que no conoces. ¿Sabes qué hay en el armario secreto, al que

no abren casi nunca? Tesoros sin precio de los que no puedes hacerte la menor idea: tabaqueras en las cuales Napoleón estornudó, medallas con los bustos de los césares romanos, pescados de jade que conocen todo lo que ocurre en el fondo del océano, un viejo pote de jengibre vacío, pero tan perfumado todavía que casi se embriaga uno al pasar por su lado (y se tienen entonces sueños sorprendentes). Pero lo más bello de todo es la sopera, la famosa sopera de porcelana de China, la última pieza restante de un servicio estupendo, rarísimo. Está decorada con flores y en el fondo, ¿adivina lo que hay? La reina de Saba en persona, de pie, bajo un parasol flamígero y llevando en el puño su loro profeta. Es linda, ¡si supieras!, es adorable, ¡cosa de caer de rodillas! Y te espera. Soy su elefante fiel que la sigue desde hace tres mil años. Hoy me dijo: “Ve a buscarme al ermitaño del reloj, estoy segura que debe de estar loco por verme”.

—La reina de Saba. ¡La reina de Saba! —murmuraba en su fuero interno Fray Barnabe trémulo de emoción—. No puedo disculparme. Es preciso que vaya —en voz alta—. Sí quiero ir. Pero ¡la hora, la hora! Piense un poco, elefante, ya son las cuatro menos cuarto.

—Nadie se fijará si toca de una vez las cuatro. Así le quedaría libre una hora y cuarto entre este y el próximo toque. Es tiempo más que suficiente para ir a presentar sus respetos a la reina de Saba.

Entonces olvidándolo todo, rompiendo con un pasado de cincuenta años de exactitud y de fidelidad, Fray Barnabé tocó febrilmente las cuatro y saltó en el lomo del elefante, quien se lo llevo por el espacio. En algunos segundos se hallaron ante la puerta del armario. Tocó el elefante tres golpes con sus colmillos y la puerta se abrió por obra de encantamiento. Se escurrió entonces con amabilidad maravillosa por entre el dédalo de tabaqueras, medallas, abanicos, pescados de jade y estatuillas y no tardó en desembocar frente a la célebre sopera. Volvió a tocar los tres golpes mágicos, la tapa se levantó y nuestro monje pudo entonces ver a la reina de Saba en persona, que de pie en un paisaje de flores ante un trono de oro y pedrerías sonreía con expresión encantadora llevando en su puño el loro profeta.

—Por fin lo veo, mi bello ermitaño —dijo ella—. ¡Ah!, cuánto me alegra su visita; confieso que la deseaba con locura, cuanta vez oía tocar la campana, me decía: ¡qué sonido tan dulce y cristalino! Es una música celestial. Quisiera conocer al campanero, debe ser un hombre de gran habilidad. Acérquese, mi bello ermitaño.

Fray Barnabé obedeció. Estaba radiante en pleno mundo desconocido, milagroso... No sabía qué pensar. ¡Una reina estaba hablándole familiarmente, una reina había deseado verlo! Y ella seguía:

—Tome, tome esta rosa como recuerdo mío. Si supiera cuánto me aburro aquí. He tratado de distraerme con esta gente que me rodea. Todos me han hecho la corte, quien más, quien menos, pero por fin me cansé. A la tabaquera no le falta gracia; narraba de un modo pasable relatos de guerra o intrigas picarescas, pero no puedo aguantar su mal olor. El pote de jengibre tiene garbo y cierto encanto, pero me es imposible estar a su lado sin que me asalte un sueño irresistible. Los pescados conocen profundas ciencias, pero no hablan nunca. Solo el César de oro de la medalla me ha divertido en realidad algunas veces, pero su orgullo acabó por parecerme insoportable. ¿No pretendía llevarme en cautiverio bajo el pretexto de que era yo una reina bárbara? Resolví plantarlo con toda su corona de laurel y su gran nariz de pretencioso, y así fue como quedé sola, sola pensando en usted, el campanero lejano que me tocaba en las noches tan linda música. Entonces dije a mi elefante: “Anda y tráemelo. Nos distraeremos mutuamente. Le contaré yo mis aventuras, él me contará las suyas”. ¿Quiere usted, lindo ermitaño, que le cuente mi vida?

—¡Oh, sí! –suspiró extasiado Fray Barnabé–. ¡Debe ser tan hermosa!

Y la reina de Saba comenzó a recordar las aventuras magníficas que había corrido desde la noche aquella en que se había despedido de Salomón hasta el día más

cercano en que escoltada por sus esclavos, su parasol, su trono, y sus pájaros, se había instalado dentro de la sopera. Había material para llenar varios libros y aún no lo refería todo; iba balanceándose al azar de los recuerdos. Había recorrido África, Asia y las islas de los dos océanos. Un príncipe de la China, caballero en un delfín de jade había venido a pedir su mano, pero ella lo había rechazado porque proyectaba entonces un viaje al Perú acompañada de un joven galante pintado en un abanico, el cual, en el instante de embarcarse hacia Citeres, como la viera pasar, cambió de rumbo.

En Arabia había vivido en una corte de magos. Estos, para distraerla, hacían volar ante sus ojos pájaros encantados, desencadenaban tempestades terribles en medio de las cuales se alzaban sobre las alas de sus vestiduras, hacían cantar estatuas que yacían enterradas bajo la arena, extraviaban caravanas enteras, encendían espejismos con jardines, palacios y fuentes de agua viva. Pero entre todas, la aventura más extraordinaria era aquella, la ocurrida con el César de oro. Es cierto que repetía: “Me ofendió por ser orgulloso”.

Pero se veía su satisfacción, pues el César aquel era un personaje de mucha consideración. A veces en medio del relato el pobre monje se atrevía a hacer una tímida interrupción:

—Creo que ya es tiempo de ir a tocar la hora. Permítame que salga.

Pero al punto la reina de Saba, cariñosa, pasaba la mano por la hermosa barba del ermitaño y contestaba riendo:

—¡Qué malo eres, mi bello Barnabé. Estar pensando en la campana cuando una reina de África te hace sus confidencias!, y además: es todavía de noche. Nadie va a darse cuenta de la falta.

Y volvía a retomar el hilo de su historia asombrosa. Cuando la hubo terminado, se dirigió a su huésped y dijo con la más encantadora de sus expresiones:

—Y ahora, mi bello Barnabé, a usted le toca, me parece que nada de mi vida le he ocultado. Es ahora su turno.

Y habiendo hecho sentar a su lado, en su propio trono, al pobre monje deslumbrado, la reina echó hacia atrás la cabeza como quien se dispone a saborear algo exquisito.

Y aquí está el pobre Fray Barnabé que se pone a narrar los episodios de su vida. Contó cómo el padre Anselmo, su superior, lo había llevado un día al reloj-capilla; cómo le encomendó la guardia; cuáles fueron sus emociones de campanero principiante; describió su celda, recitó de cabo a rabo el reglamento que allí encontró escrito; dijo que el único banco en donde podía sentarse

era un banco cojo; lo muy duro que resultaba no poder dormir arriba de tres cuartos de hora por la zozobra de no estar despierto para tirar de la cuerda en el momento dado. Es cierto que mientras enunciaba cosas tan miserables, allá en su fuero interno tenía la impresión de que no podían ellas interesar a nadie, pero ya se había lanzado y no podía detenerse. Adivinaba de sobra que lo que de él se esperaba no era el relato de su verdadera vida que carecía en el fondo de sentido, sino otro, el de una existencia hermosa cuyas peripecias variadas y patéticas hubiera improvisado con arte. Pero, ¡ay!, carecía por completo de imaginación y quieras que no, había que limitarse a los hechos exactos, es decir, a casi nada.

En un momento dado del relato levantó los ojos que hasta entonces por modestia los había tenido bajos clavados en el suelo, y se dio cuenta de que los esclavos, el loro, todos, todos, hasta la reina, dormían profundamente. Solo velaba el elefante:

—¡Bravo! –le gritó este–. Podemos ahora decir que es usted un narrador de primer orden. El mismo pote de jengibre es nada a su lado.

—¡Oh, Dios mío! –imploró Fray Barnabé–, ¿se habrá enojado la reina?

—Lo ignoro. Pero lo que sí sé es que debemos regresar. Ya es de día. Tengo justo el tiempo de cargarlo en el lomo y reintegrarlo a la capilla.

Y era cierto. Rápido como un relámpago atravesó nuestro elefante de ébano el comedor y se detuvo ante la capilla. El reloj de la catedral de la ciudad apuntaba justo las ocho. Anhelante, el capuchino corrió a tocar las ocho campanadas y cayó rendido de sueño sin poder más... Nadie por fortuna se había dado cuenta de su ausencia.

Pasó el día entero en una ansiedad febril. Cumplía maquinalmente su deber de campanero: pero con el pensamiento no abandonaba un instante la sopera encantada en donde vivía la reina de Saba y se decía: ¿qué me importa aburrirme durante el día, si en las noches el elefante de ébano vendrá a buscarme y me llevará hasta ella? ¡Ah! ¡qué bella vida me espera!

Y desde el caer de la tarde comenzó a esperar impaciente a que llegara el elefante. ¡Pero nada! Las doce, la una, las dos de la madrugada pasaron sin que el real mensajero diera señales de vida. No pudiendo más y diciéndose que solo se trataría de un olvido, Fray Barnabé se puso en camino. Fue un largo y duro viaje. Tuvo que bajar de la chimenea agarrándose de la tela que la cubría y como dicha tela no llegaba ni con mucho al suelo, fue a tener que saltar desde una altura igual a cinco o seis veces su estatura. Y cruzó a pie la gran pieza tropezándose en la oscuridad con la pata de una mesa, resbalándose por encima de una cucaracha y teniendo luego que luchar con un ratón salvaje que lo mordió cruelmente

en una pierna; tardó en pocas palabras unas dos horas para llegar al armario. Imitó allí el procedimiento del elefante con tan gran exactitud que se le abrieron sin dificultad ninguna, primero la puerta, luego la tapa de la sopera. Trémulo de emoción y de alegría, se encontró frente a la reina. Esta se sorprendió muchísimo:

—¿Qué ocurre? –preguntó-. ¿Qué quiere usted, señor capuchino?

—¿Pero ya no me recuerda? –dijo Fray Barnabé cortadísimo-. Soy el ermitaño del reloj... el que vino ayer...

—¡Ah! ¿Conque es usted el mismo monje de ayer? Pues si quiere que le sea sincera, le daré este consejo: no vuelva más por aquí. Sus historias, francamente, no son interesantes.

Y como el pobre Barnabé no atreviéndose a medir las dimensiones de su infortunio permaneciese inmóvil...

—¿Quiere usted acabarse de ir? –silbó el loro profeta precipitándosele encima y cubriéndolo de picotazos-. Acaban de decirle que está aquí demás. Vamos, márchese y rápido.

Con la muerte en el alma, Fray Barnabé volvió a tomar el camino de la chimenea. Andando, andando, se decía:

—¡Por haber faltado a mi deber! Debía de antemano haber comprendido que todo esto no era sino una tentación del diablo para hacerme perder los méritos de toda

una vida de soledad y de penitencia. ¡Cómo era posible que un desgraciado monje, en sayal, pudiera luchar contra el recuerdo de un emperador romano en el corazón de una reina!... Pero... ¡qué linda, qué linda era! Ahora es preciso que olvide. Es preciso que de hoy en adelante no piense más que en mi deber: mi deber es el de tocar la hora. Lo cumpliré sin desfallecimiento, alegremente hasta que la muerte me sorprenda en la extrema vejez.

¡Quiera Dios que nadie se haya dado cuenta de mi fuga! ¡Con tal de que llegue a tiempo! ¡Son las siete y media! Si no llego en punto de ocho ¡estoy perdido! Es el momento en que se despierta la casa y todos comienzan a vivir.

Y el pobre se apresuraba, las piernas ya rendidas. Cuando tuvo que subir agarrándose a las molduras de la chimenea, toda la sangre de su cuerpo parecía zumbarle en los oídos. Llegó arriba medio muerto. ¡Inútil esfuerzo! No llegó a tiempo... Las ocho estaban tocando. Digo bien: ¡las ocho estaban tocando! ¡Tocando *solas*, sin él! La puerta del reloj se había abierto de par en par, la cuerda subía y bajaba, lo mismo que si hubieran estado sus manos tirando de ellas; y las ocho campanadas cristalinas sonaban...

Hundido en el estupor, el pobre capuchino comprendió. Comprendió que el campanario funcionaba sin él, es decir, que él no había contribuido nunca en nada

al juego del mecanismo. Comprendió que su trabajo y su sacrificio diario no eran sino de risa, casi, casi un escarnio público. Todo se derrumbaba a la vez: la felicidad que había esperado recibir de la reina de Saba y ese deber futuro que había resuelto cumplir en adelante obediente en su celda. Ese deber no tenía ya objeto. La desesperación negra, inmensa, absoluta penetró en su alma. Comprendió entonces que la vida sobrellevada en tales condiciones era imposible.

Entonces rompió en menudos pedazos la rosa que le regalara la reina de Saba, desgarró el reglamento que colgaba en la pared de la celda, y agarrando el extremo de la cuerda que asomaba como de costumbre bajo el techo, aquella misma que tantas, tantas veces habían sus manos tirado tan alegremente, pasósela ahora alrededor del cuello y, dando un salto en el vacío, se ahorcó.

- Parra, Teresa de la. *La señorita grano de polvo*.  
Fundación Editorial El perro y la rana, Caracas:  
2024, pp. 11-28.
- . Comp. Velia Bosh. *Obra (Narrativa, ensayos, cartas)*.  
Biblioteca Ayacucho, Caracas: 1982, pp. 407-423.
- Fundación Biblioteca Ayacucho y Monte Ávila Editores  
Latinoamericana. *Diccionario Enciclopédico de las  
Letras de América Latina*, Caracas: 1995, pp. 149-154.

*Cuentos*  
se imprimió  
en la imprenta Bicentenario de Carabobo  
de la Fundación Editorial El perro y la rana  
Caracas, Venezuela,  
en el mes de octubre de 2024



### *Leamos juntos a Teresa de la Parra*

El Centro Nacional del Libro (CENAL), ente adscrito al Ministerio del Poder Popular para la Cultura, contempla la promoción del libro y la lectura desde su creación. En virtud del rol protagonista que cumple dentro de los procesos educativos y culturales del país, se diseñó el Plan Nacional de Lectura Manuel Vadell, donde se coordina la formación de mediadores de lectura a nivel nacional. En esta última etapa vamos a dar inicio con este taller basado en los cuentos de Teresa de la Parra como herramienta motivadora de futuras narradoras venezolanas.

### **Ana Teresa Parra Sanojo (París, 1889- Madrid, 1936)**

Mejor conocida como Teresa de la Parra fue una de las autoras venezolanas más ilustres del siglo XX, quien realizó en sus obras una contribución importante en cuanto al tema de la situación de la mujer en medio de una sociedad patriarcal.

Escribió novelas como, *Ifigenia* (1924) y *Las memorias de Mamá Blanca* (1929); además de sus cuentos como, "Historia de la Señorita Grano de Polvo", "El genio del pescetas" y "El enanitaño del reloj", los cuales fueron compilados junto con sus cartas, ensayos y diarios por Velia Bosh en el libro *Obra (Narrativa, ensayos, cartas)* (1982).

Los restos de Teresa de la Parra fueron trasladados al Panteón Nacional de Venezuela, el 7 de noviembre de 1989.

ENTREN EN TIEMPOS DE  
GUERRA ECONÓMICA  
CONTRA VENEZUELA

